



LA ESPIGA

B. Vols

¡UNOS POR OTROS
Y DIOS POR TODOS!— HOJA SEMANAL AGRÍCOLA DE LA —
FEDERACIÓN CATÓLICO-AGRARIA SALMANTINADirección y Redacción: COMPAÑIA, 1
Apartado n.º 45. - Teléfono 1126

CHARLAS

Los jornales de la siega

Por ser asunto de palpitante actualidad vamos a dedicarle una charla. Acaba de constituirse el Jurado mixto de trabajo rural en Salamanca, con jurisdicción en toda la provincia. Uno de los cometidos que ha de llenar es el regular las condiciones del trabajo agrícola, jornada, precios, etc. Cuando escribimos esta charla se hallan reunidos discutiendo las bases del trabajo para las próximas faenas de la siega, y según referencias, es muy difícil que se llegue a un acuerdo entre los diversos elementos interesados. Se habla de que por los elementos directivos obreristas y con referencia a los jornales de la siega se piden jornales de 15 y 20 pesetas por ocho horas de trabajo, unificando las peticiones en la última cantidad.

Quince y veinte pesetas, y aunque sean diez, por ocho horas de trabajo, lo mismo para los obreros agrícolas de diez y ocho años que para los de sesenta, con prohibición de utilizar las máquinas agrícolas, y obligación por parte de los patronos de proporcionar trabajo en el invierno a los obreros, son bases y condiciones de trabajo tan absurdas, que no las vamos a poder ver cumplidas. ¿Pueden pagarse con cargo a la cosecha los mismos jornales en la Armuña y en el partido de Vitigudino? La Armuña con excelentes trigos candeales y producción abundantísima, puede compararse con Vitigudino, tierra centenera y de barbella con promedios anuales de 5 a 9 fanegas. Y aun dentro de un mismo partido judicial, ¿son igualmente productivos los pueblos de Boadilla, Santa Olalla y Fuente de San Esteban, y los de Aldehuela, Alba de Yeltes y Diosleguarde, por ejemplo? ¿Pues, cómo se pretende imponer un tipo uniforme de jornales para toda la provincia? El ideal sería encontrar un tipo aproximado para cada pueblo o grupo de pueblos de semejantes condiciones productivas. Pero con los datos hoy existentes, resulta completamente imposible. Por otra parte, ¿va a dar el mismo

rendimiento de trabajo un mozo de siega de diez y ocho o veinte años que un jornalero de sesenta? ¿Cuánto va a durar la siega con la jornada de ocho horas solamente y sin utilizar la maquinaria? ¿Cómo se va a obligar al elemento patronal a que admita a la fuerza en sus faenas agrícolas algunos obreros que no son de su agrado?

¿Por qué se atenta de esa manera contra el libre contrato de trabajo? Preguntas son estas que no tienen fácil respuesta, si no es con grave perjuicio de una clase, y que en fin de cuentas se traduce en trastorno para todos.

Si las personas que constituyen el Jurado mixto del trabajo sintieran verdaderamente el fin primordial del organismo, que es o debe ser la resolución pacífica y la previsión de los conflictos sociales del campo, y fueran al Jurado con la recta intención de ponerlo en práctica, sólo plácemes merecería su actuación. Pero con estas cosas y exigencias los conflictos se envenenan más y más. Otra cuestión muy importante a resolver en este asunto de los jornales de la siega, para que su actuación en lo futuro vaya acompañada del éxito, es la confección de un censo verdadero de obreros agrícolas. Porque en casi todos los pueblos, con motivo de la crisis de trabajo que se padece, han surgido muchos obreros agrícolas que en toda su vida habrán hecho uso de un artefacto del campo y pretenden ser considerados y tratados de la misma manera que los verdaderos campesinos. ¡Hasta las Asociaciones llamadas de obreros agrícolas tienen al frente individuos que serán cualquier cosa menos obreros del campo! ¿No te parece, labrador amigo, seas patrono o seas obrero, que para resolver estos conflictos en esta lucha tan enconado de aspiraciones falta un elemento o base que debiera presidir todas las reuniones? ¿Cuál?—me dirás. Te lo diré en dos palabras y de una manera terminante. En estos conflictos falta la caridad y el amor mutuo que deben tener los hombres entre sí. Sin esta base, todos los conflictos, lejos de solucionarse, se agravan y envenenan.

F.

Suplicatorios

Se han concedido, después de una sesión borrascosa, calificada por el señor Maura con es-

tas palabras: «¡qué asco, que vergüenza!», los pedidos para los diputados señores Calvo Sotelo y March, por irregularidades cometidas en la conce-

sión del Monopolio de Tabacos en nuestra Zona de Protectorado en Marruecos.

Es interesante, no la concesión de esos suplicatorios, sino

las gravísimas denuncias, documentalmente formuladas por el diputado salmantino señor Gil Robles. Denuncias que, a pesar de su gravedad, han sido tomadas casi como motivo de chirigola por la mayoría gubernamental, puesto que el Presidente del Consejo, poco más o menos, ha llegado a decir que los señores Ministro de Hacienda actual y Prieto, Ministro del ramo anterior, con su optimismo las desvanecerán sin que quede de ellas nada.

De desear sería que, efectivamente, así fuera. Pero nosotros, que creemos todavía en la fuerza de los documentos como medio probatorio, no lo creemos así.

Creemos, eso sí, que como votos son triunfos, no será el optimismo de esos dichos señores el que arregle la cuestión, sino que todo arreglo vendrá porque el Gobierno, que cuenta con una mayoría disciplinada para seguir gobernando, aun en contra de la opinión, tendrá a buen seguro, a pesar de todo, su confianza.

Y mientras el pueblo, ese pueblo que tan hipócritamente se invoca para poder sostenerse, seguirá haciendo el pagano, o el laico, como ustedes quieran; seguirá aguantando y seguirá mal viviendo, para que, en cambio, unos señores que no le representan y que no pueden representarle, sigan cobrando sus mil pesetas mensuales por sostener ese absolutismo, más fuerte que el de los reyes, porque éstos reinaban y gobernaban para el pueblo, mientras estos reyezuelos, jefes de partido reinan, y gobiernan para su partido, y de espaldas a la nación, de una manera como los reyes constitucionales, por quienes responden sus ministros, ya que por ellos responden las mayorías anónimas e irresponsables.

Sigan, pues, en las Cortes haciendo y deshaciendo las mayorías; continúen los diputados lanzándose unos a otros esas frases de tan buen gusto con que unos a otros se obsequian; hagan cuanto quieran, que si no dejan de adorar al ídolo que les guía, tendrán *mil pesetas* para rato, a no ser que el pueblo, no el que ellos invocan, sino el verdadero *pueblo*, sintiéndose una vez soberano, dé al traste con todo el edificio.

República socialista en Chile

Chile, republica americana, en que la semilla de la revolución sembrada a voleo en la época de la independencia, no había dado, afortunadamente para ella, los frutos que en otras del continente americano, se ve asolada actualmente con la implantación de una República socialista, y no sabemos si de trabajadores de todas clases.

Es esta revolución hija legítima del ilegítimo y espúreo maridaje de la masonería y el comunismo. En su poder ejecutivo hay tres ministros, que se sepa, de los cuales dos de ellos, de filiación comunista, obedecen ciegamente al poder de la III Internacional, más claramente, a Moscú, y el otro es nada menos que Gran Maestro de la masonería. El fruto de tal unión, necesariamente, y por ley de herencia, había de tener las cualidades de uno y de otra. En las primeras disposiciones dictadas por tal engendro, ocupan, ¡cómo no!, lugar preferente, las relativas a la Iglesia. Se disuelven las Ordenes religiosas y se perseguirá todo lo que se pueda a sus miembros. A los PP. Salesianos, en cuyas manos está la mayor parte de la educación escolar en sus distintos grados, se les privará del ejercicio de la enseñanza, y las consecuencias las tocarán, no sólo éstos, sino que serán sufridas por los mismos chilenos, que se verán privados de proporcionar a sus hijos la educación conveniente, porque faltarán lugares donde se la proporcionen.

En esta nueva República, de carácter socialista y masón, como en la española, que como modelo quieren tener, se destruirá lo existente, pero no se construirá nada.

Otras medidas tomadas, puede decirse, desde la barricada, es la de incautarse de todos los depósitos y cuentas corrientes de los Bancos, sean de nacionales, sean de extranjeros (a esto no hemos llegado en el modelo, pero ya llegaremos, si Dios no lo remedia).

Para que el obrero esté con la revolución, se le promete vivienda y alimentos, lo cual a todo el mundo tiene que pare-

cer perfectamente bien; pero no se le promete esto, como consecuencia del trabajo que no ha de faltarle; no, trabajo no se le promete, y en esto obran lógicamente los chilenos, porque de sobra saben que el trabajo sin el capital, que desharán, nada les ha de producir. Así, pues, matando el capital, como lo han de matar, Chile vivirá mientras sus despojos duren, y después no.

Como conclusión a estos comentarios, sólo hemos de decir que sinceramente, y con conocimiento de causa, les acompañamos en su desgracia.

CRONICA POLITICO-SOCIAL

La fiesta del Sagrado Corazón

Nunca la fiesta del Sacratísimo Corazón se celebró en la forma en que este año.

La España en la cual quiere reinar se ha manifestado, a pesar de la ola de irreligiosidad y odios que sufrimos, en forma espléndida y emocionante. Y no somos sólo los católicos los que así lo reconocemos. Son ellos; son los que dijeron que España había dejado de ser católica, los que así lo han reconocido y en los mismos pasillos del Congreso, comentando la jornada; elementos extremistas de la izquierda, afirmaban no haber lugar a dudas sobre la existencia de sentimientos religiosos de España, y sobre la reacción religiosa, producto de una nefasta obra de sectarismo e impiedad.

En todas las iglesias se celebró la fiesta con numerosísimas comuniones; en todas las ciudades y en muchos pueblos la mayoría de las casas lucieron colgaduras, y el monumento erigido en el Cerro de los Angeles, centro geográfico de España, fué ese día el centro de los corazones de los buenos españoles.

Quiera el Sagrado Corazón que la fiesta del año que viene se celebre aún de manera más espléndida. Y quiera también, serenando los espíritus, que ese día estén con nosotros, para cantar el ¡Cristo Reina, Cristo vence, Cristo imperial, muchos que ahora no lo están.

Se disuelven las Cámaras Agrícolas

El actual estado de derechas, que vino a purificarlo todo, a terminar con toda injusticia y todo caciquismo, después que en multitud de casos hizo sustituir corporaciones de carácter político por comisiones gestoras por todos repudiadas, viene ahora a llevar la política y ese caciquismo que se quiere extirpar, a entidades que ningún caciquismo y ninguna política realizaban.

Por Decreto del Ministerio de Agricultura se suspenden las Juntas que regían las Cámaras agrícolas, en su parte electiva, para ser sustituidas por personas nombradas por razón de su cargo, desde las alturas de un Ministerio.

Una vez más con ello tenemos motivo, con pruebas suministradas por sus partidarios, para no creer en los procedimientos democráticos. La soberanía se ejerce para el pueblo que manifiesta su voluntad por medio del sufragio, dicen los demócratas y liberales; la soberanía se ejerce por el que está arriba, llámese como se llame, que subido sobre los hombros del que está abajo y con el látigo del poder que en la mano le puso la versatilidad de la masa, mueve o hace mover las cosas en la forma y del lado que más le conviene, decimos nosotros.

...Juzgue el agricultor, lector de esta hoja, qué caciquismo se ejercía desde la Cámara Agrícola de esta provincia, y presume cuál ha de ser la actuación de esta entidad regida en buena parte por gentes de política.

La Confederación de Sindicatos Católicos Obreros

La Confederación Nacional de Sindicatos Católicos ha dirigido un extenso escrito a sus afiliados:

«Es preciso, dice el escrito, que todos nos opongamos a los manejos soviéticos. Sería suicida permanecer impasibles antes los hechos que se suceden. Frente a los excesos extremistas se hace precisa la actuación férrea y consciente de los obreros católicos. No se trata de defender ni atacar el régimen

constituído; se trata de que somos españoles, antes que nada, y es preciso evitar el derrumbamiento de nuestra patria.

El movimiento huelguístico revolucionario no puede ser hijo de necesidades sociales; es producto de la criminal actuación de unos cerebros calenturientos, vendidos al oro judío y bolchevique, eternos enemigos de la paz del mundo.

No hay derecho a jugar con la vida de los trabajadores españoles. Las diarias huelgas comprometen nuestro hogar. Esta situación quebranta la economía y provoca la crisis industrial y comercial.

Nuestros Sindicatos, agrega, no deben tomar parte en movimientos de esta índole. Es necesario demostrar que existen trabajadores que saben oponerse enérgicamente a los manejos revolucionarios, aun a costa de su vida.

Todos los trabajadores amantes de su patria deben darse cuenta de la necesidad que tienen de cumplir su deber.

Asociados libres, independientes, neutros, católicos, deben coincidir en un sólo afán, dejando aparte las ideologías: oponerse a que España sea una sucursal de Rusia.»

Firman el documento: *don Cándido Gaitán San José*, presidente, y *Carlos Pérez Sommer*, secretario.

CUENTO

Los árboles de mi pueblo

Eran de lo mejorcito del pueblo... Altos, ¡vaya! Gallardos, ¡digo! Hermosos, ¡mucho! Fuertes, por supuesto, y jóvenes aún a pesar de que nadie podía decir—¡se había perdido en esto la memoria!—, nadie podía decir, repetimos, desde cuándo se hallaban allí, en apacibilísima vecindad, separados a unos ocho pasos de distancia exactamente medida.

Eran tan generosos, que acogían, sin duda, benévolamente a cuantos se les acercaban en demanda de consuelo deleitoso, de descanso o de guarecimiento: viejo, niño o mujer, hombre rico, pobre, enfermo o sano, paisano o forastero... y tan buenos que hasta los niños tra-

viosos se les subían desvergonzadamente encima.

Sin embargo, los dos compañeros, los tales sujetos, que bien puede llamárseles así por lo bien prendidos que están a la tierra natal, tenían casi siempre la cabeza a pájaros, lo cual podía ocasionarles un disgusto.

Como testa de loco, revuelta por la confusión de ideas heterogéneas, así en aquellas frondosas copas revoloteaban y producían bullicio incesante jilgueros, pardillos, verderoncejos, la canalla de los gorriones y sinnúmero de pájaros de todas castas y parlerías... hasta ruiseñores.

—¿Pus sus querís que vos diga lo cay cacer? ¡Pus la contraria! ¿Conque manda plantar arbolicos pa que nos coman los pájaros? ¿Conque Fiesta del Arbol? ¿Quieas que no quieas? Musotros derribamos los dos que están en el atrio de la iglesia, y ¡Pata!

Si el hacha hubiera podido hablar, no lo hubiera hecho con golpes tan secos y ásperos, ni haciendo tanto daño a la palabra y al sentido como la lengua de buey que, metida en una bocarrona grande y hondata, entre mulas y dientes como guijarros, hacía con el rebuzno aquellas maravillas oratorias... porque era de la pertenencia de Quico, el concejal.

—Pero, gran bestia, gran bestia—le decían—¿Te atreverías tú a derribar esos árboles que plantaron allí nuestros abuelos? ¿Qué mal te hacen los árboles?

Sí, sí...; que le fueran al testarudo, al calabaza aquél con tales retóricas.

—¿Ves tú el escupitinajo? Pues eso me importa de ná—decía el hombre público más bárbaro de Brijoles, el tozudo Quico, señor Quico, don Quico borrico, según le cantaban los muchachos.

¡Cayeron! ¡Qué desastre! ¡Al suelo con los ramos! ¡Qué leñada! ¡Al suelo con los troncos! Pelaron, amputaron, extrajeron, copa, tronco, raíces.

Ojos hubo que lloraron la destrucción de aquellas hermosuras; corazones que se llenaron de indignación al ver derribados para siempre dos heraldos, dos estandartes, que en la pompa de las hojas, en los esbeltos troncos enclavados estuvieron, lanzones y banderas,

levantando y señalando recuerdos sagrados que jamás se deberían borrar... que no entendían ciertamente ni los pobres amos, ni los bueyes, ni las mulas, ni las cabras, ni Quico, ni animal alguno..., aunque muchos se habían parado a comer la hierba al pie o a rozarse con los troncos o a sombrearse y guarecerse de los ardores del sol... bajo las hojas de los árboles patriarcales.

—¡Ajueira vejeces!.. Europeización modernizante, y aún habría que hacer algo de mayor violencia, ¡recontra! Una barbaridad más saliente... Mayor escándalo, Quico, edil, lo había resuelto.

¿Qué sería? Nadie podía sospecharlo... El se lo reservaba... ¡Astucia de sus extravagantes convicciones!.. Quico era siervo político de un tunante.

Un don Tal y Cual... que estaba en Madrid, era su amo, y los inmundos papeles públicos que Quico a trompicones leía..., nutrían a pasto su estupidez congénita.

Por eso, él sonreía malignamente... premeditando barbaridades.

En aquellos árboles se habían detenido siempre, desde remoto tiempo, las comitivas de bautizos, de bodas, y de duelos; a sus ramas se habían encaramado centenar de generaciones de chiquillos; en los troncos habían grabado sus nombres los amantes de bisabuelos para, abuelos, de padres a hijos, de hijos a nietos; en torno de aquellos pabellones de hojas habían danzado los mozos o las mozas durante más de un siglo...; habían descansado siempre los ancianos, amparados por aquellos magníficos quitasoles.

Pues bien; aquel año ya no estaban allí los árboles el día de la fiesta para que en ellos colgasen farolillos de colores..., pero el Concejo cerril y bárbaro, modernizante, clavó estacas revestidas de hojarasca y vendadas con percalina amarilla y encarnada y ridículos colgajos.

¡Quico imperator!

—Amos (vamos, quería decir), yo no sé hablar polido, ¿estáis?; pero sé pensar (pensar era su instinto), sé lo que se ha de hacer varezar (variar era lo que pretendía). Too esto, de riba pa bajo pa elante lo que está pa tras (acoceo asnal), lo

de adeutro pa fuera—decía relinchando contra los corazones, contra el sosiego de las gentes, contra la dignidad de las almas.

El cacique de la provincia, los siervos del cacique en el lugar habían hecho teniente de alcalde a Quico...

—¿Que están todos contra mí? Pues yo contra toos.

Daba su fórmula de nombre Estado. El era representación de una minoría procaz mañosa, dominando por sorpresa, avasallando al pueblo... ¡Quico dictador!

Desde lo más apartado, desde las lejanías de la sierra, en los lugares solitarios de los pastores, en los molinos de los cerros, por la rampada de las huertas hacia la ribera del arroyo grande... se oían las voces poderosas.

Ya tocan al alba..., ya tañen al *Angelus*; ya dan a mediodía; llaman a misa, repican a gloria, ¡angelitos al cielo!... ¡Pobre Mariquilla, perdió su nenel! ¡Doblan a muerto!... ¡Dios le haya perdonado! Voltean a fiesta, mañana es la Virgen, y así años y años y más años, día por día, hora tras hora... era lenguaje entendido en toda la extensión del valle y hasta la mayor altura de las cumbres.

Quico estaba a mal con esto, que era, según decía, una superstición, por supuesto, sin saber lo que quería decir. Bueno, pues el campanario era como otro árbol, había que echarlo abajo, quitándole la alegría de su remate, derribando el tronco de su torre y destruyendo las raíces de sus cimientos...; pero si esto... no era posible..., por lo menos había que echar abajo las campanas ruidosas...; bastarían luego que pusieran un esquilón en arquete sobre el tejado de la iglesia.

Nada decían al idiota ni aquel templo, ni aquella torre, ni aquellas campanas... ¡Nada!

Pues, señor, sucedió que una tarde encontraron a Quico tumbado en el valle.

—Calle. ¿Quico? Valiente cernícalo... Se queja; ¿está malo? ¿Le duele algo? —preguntóle Antón.

—Las tripas... las tripas...

—Anda, hombre, no será nada, te habrá hecho daño alguna cosa.

Yo qué me sé; pué que sí,

que alguna cosa me haiga dañado. ¡Me tal en tal y tal!

—¡Anda, burro, renegadote! ¿Entavía blasfemas?

Y Antón, sin hacer caso de las animaladas del concejal reformador, echóle sobre el borriquito a lo costal y se lo llevó al pueblo. ¡Qué cara tan amarilla! ¡Qué malo estaba Quico!

—Quico, señor Quico. ¿Qué es eso? ¡Por comilón! ¿Qué ha comido?—le decían.

—¡Berr! ¡Uf! ¡Qué dolores! ¡El cerujano!

—¡El cerujano!

—Tío Quico, anímese... eso no será ná; ya verá en cuanto que rompa... dentro de cuatro días... tiramos.

Y el que así hablaba acercóse al oído del enfermo y díjole no se sabe qué secreto en voz baja.

Quico no lo oyó, o por no estar para tales cosas, tan sólo respondió con ayes y angustiosos resuellos y agónicos hipos.

¡Glotonazo! Iba a morir y así empeoró... Se dijo que estaba rematado, que ya no se sabía qué era de él..., hasta que al día siguiente... ¡Tin, tin! ¡ton! ¡tin, ton!

—¿Por quién tocan? —preguntaban desde el atrio de la iglesia a los campaneros.

—Por tío Quico, ex tiniente alcalde—decían unas veces.— Por tío Quico—otras, con aguda voz los muchachos asomando la cabeza por debajo de las campanas. Las campanas, las campanas, todo aquel día resonando tristemente, con toque solemne, acompasado, conmoviendo los corazones que en sufragio de ple arias pedían misericordia para un hermano. Las campanas latían con la vida de las almas, y en tanto, Pedro, el carpintero del lugar, hacía del tronco de uno de los árboles derribados el... ataúd de Quico.

JOSÉ ZAHONERO

Chismorre político

¡Morata, Cuenca, Teruel,
Médicos, Jurisprudencia...
Cual herís mi indignación
Váis a agotar mi paciencia!

(Monólogo atribuido a don Manuel Azña.)

Comentarios a una sesión reciente de la Cámara:

Gil Robles no fuma,
Pero echa humo.